

¿Vino nuevo en viejos odres?

La crisis de la educación teológica

Dr. Justo L. González



Cumbre latina, Iglesia de Dios
Nuevos modelos de educación
6 de octubre 2015

¿Vino nuevo en viejos odres? La crisis de la educación teológica

El tema que se ha señalado para esta cumbre latina es “Nuevos modelos de educación teológica”. Se trata ciertamente de un tema importante, pues no cabe duda alguna de que la educación teológica, al menos como la hemos entendido recientemente, está en crisis.

Pero me parece que antes de abordarlo de lleno tenemos que empezar por aclarar qué entendemos por “educación teológica”.

Tradicionalmente, hemos entendido por educación teológica el proceso de enseñar teología —teología en el sentido amplio que incluye no solamente esa materia que llamamos “teología”, sino también Biblia, historia, ética, predicación, educación cristiana, administración, consejería, y todo el resto del currículo tradicional de preparación para el ministerio.

Pero tomemos esa frase, “educación teológica”, en otro sentido. Tomemos la palabra “teológica”, no como refiriéndose ante todo al contenido de esa educación, sino más bien a su naturaleza. En otras palabras, pensemos por un momento, no en una educación cuyo contenido es la teología, sino más bien en una educación que se caracteriza por su carácter teológico. ¿Qué será entonces una educación teológica?

La verdad es que no lo sé, y no quiero hacer de eso el tema para hoy. Pero, como reto para nuestra reflexión futura, sí quiero plantear la pregunta, y dar algunos ejemplos a modo de esbozo o de sugerencia.

1. Una educación verdaderamente teológica ha de ser informada por una doctrina de la creación. Si es verdad que todo, absolutamente todo cuanto hay, es producto de la creación de Dios, eso quiere decir que nada, absolutamente nada, es ajeno a la educación teológica. La educación teológica no puede retirarse al rincón de la teología y decir, “esa disciplina, o esos descubrimientos, o esas preguntas no nos interesan. Lo que nos interesa es la Biblia, y la teología, y la predicación.” Una educación verdaderamente teológica ha de entender que, puesto que todo viene de este Dios creador, toda otra educación, aunque no lo sepa y hasta lo niegue, tiene una dimensión teológica. Nuestra tarea está en descubrirla. No es cuestión, como recientemente le sugirió un candidato católico al Papa, de quedarnos en cuestiones religiosas, y dejar todo lo demás en otras manos.

2. Una educación verdaderamente teológica ha de ser informada por una doctrina de la encarnación. Si es verdad que es en esta persona particular, histórica, Jesús de Nazaret, que tenemos el más claro atisbo de lo universal y de lo eterno, eso quiere decir que una educación verdaderamente teológica no se contentará con generalidades, ni con abstracciones, ni con doctrinas. La educación teológica no puede pretender elevarse a la estratosfera de lo abstracto, porque si se deshace de lo particular y concreto se deshace de su misma naturaleza. Una educación verdaderamente teológica tiene que entender que no es cuestión de aprender principios generales para luego aplicarlos, sino que es más bien cuestión de empezar por lo concreto, por Jesús de Nazaret, para de ahí pasar a otras realidades

concretas, a las realidades de Juana y de Pedro, y que el propósito de las abstracciones y de las generalizaciones es ayudarnos a responder a lo concreto y específico.

3. Una educación verdaderamente teológica ha de ser informada por una doctrina de la presencia y actividad del Espíritu Santo. El Espíritu, como el viento, de donde quiere sopla. El Espíritu es siempre sorprendente. El Espíritu nos recuerda que a Dios no podemos encajonarlo en una serie de doctrinas ni en una lista de expectativas, que a Dios no podemos manejarlo. Una educación verdaderamente teológica tiene que entender que no es cuestión de aprender cómo manejar el Espíritu, sino de aprender una constante apertura a las acciones inesperadas, impredecibles, soberanas, del Espíritu de Dios.

4. Una educación verdaderamente teológica tiene que fundamentarse en el sacerdocio universal de los creyentes. El ministerio no es prerrogativa especial de ciertos individuos a quienes llamamos “ministros”. El ministerio, el servicio a Dios y al prójimo, no es ocupación de unos pocos a quienes llamamos ministros, pastores o pastoras. El ministerio, ese servicio a Dios y al prójimo, es vocación ineludible de todo creyente. Si lo que nos hace ministros del altísimo es una ordenación, entonces tenemos que decir que la primera ordenación, y la más importante, es la que tiene lugar en el bautismo. Por eso en la iglesia antigua, al salir de las aguas bautismales, se ungía con aceite a los neófitos, en señal de que ahora eran reyes y sacerdotes, ungidos por Dios como en el antiguo Israel se ungía a los reyes y sacerdotes. Es a este “real sacerdocio” que todos pertenecemos en virtud de nuestro bautismo. Luego, una educación que sea verdaderamente teológica no puede contentarse con

educar a un grupo selecto que han de ser, por así decir, los profesionales de la fe, sino que ha de ser educación de todo el pueblo de Dios y por todo el pueblo de Dios.

Podríamos seguir haciendo un listado de otros muchos modos en que la educación ha de ser verdaderamente teológica. Pero es este cuarto punto el que me lleva al meollo de lo que quiero decir en esta ocasión: que la verdadera educación teológica ha de ser todo un proceso que lleve desde la preparación para el bautismo hasta la preparación para el Reino; y, entre esos dos polos, a la preparación para la vida de fe.

Digámoslo de otro modo: pensar que la educación teológica es tarea de los seminarios es un error. La educación teológica es tarea de la iglesia. La iglesia bien puede delegar parte de esa tarea a instituciones o programas especiales. Pero la iglesia no puede pensar que porque ha hecho tal delegación puede desentenderse de su responsabilidad en la educación teológica.

La educación teológica es tarea de la iglesia. Lo que es más, eso de “seminarios” es una invención relativamente moderna. Hasta donde sé, quien primero habló de “seminarios” para preparar pastores fue el cardenal católico inglés Reginald Pole en el 1554. Eran tiempos en que María Tudor (María “la sanguinaria”) trataba de restaurar el catolicismo en Inglaterra. Siguiendo la sugerencia del cardenal Pole, siete años más tarde, en el 1563, el Concilio de Trento, como medio de responder a los avances del protestantismo y del mundo moderno, ordenó que en cada diócesis se hicieran planes para el establecimiento de “seminarios” en los cuales se pudieran preparar jóvenes para el sacerdocio diocesano.

Hasta entonces, la palabra “seminario” quería decir “semillero”. Lo que primero Pole y luego el Concilio de Trento entendían era que, en medio de las vicisitudes y los atractivos del mundo moderno, se establecieran instituciones en las que los candidatos al sacerdocio pudieran crecer a salvaguarda de tales peligros. De igual modo que se planta un semillero en el cual el hortelano se puede ocupar de que sus pequeñas plantas crezcan al abrigo de enfermedades e insectos, y reciban el riego necesario, así también se establecerían ahora semilleros o seminarios en los que los jóvenes pudieran desarrollarse y formarse sin contaminaciones externas, para luego, ya fuertes y maduros, trasplantarlos a la vida de la parroquia.

Es por ese sentido de la palabra “seminario” que cuando estudiamos la historia de algunas universidades en los Estados Unidos vemos que al principio fueron “seminarios para señoritas”—es decir, lugares donde las niñas se educaban a resguardo de las tentaciones del mundo, y en preparación para, por así decir, ser trasplantadas a la vida matrimonial y de amas de casa.

Entre protestantes, la historia fue diferente. No fue sino hasta el siglo 19, particularmente con la fundación del Andover Theological Seminary en el 1807, que se empezó a hablar de las escuelas para la preparación de pastores como “seminarios”. Hasta entonces, habían sido “escuelas (o academias) de teología”. Esto se debió a que las primeras escuelas protestantes surgieron en las universidades—empezando por la Universidad de Wittenberg, donde Lutero y Melanchthon eran profesores.

Aunque se habla mucho de la reforma de la iglesia a consecuencia de la obra de Martín Lutero y sus seguidores, es importante señalar que esa reforma de la iglesia fue acompañada de una reforma de las universidades. Las grandes universidades europeas que habían surgido a partir del siglo 13—universidades como la de París y Oxford—habían sido en sus comienzos escuelas de filosofía y de teología. A estas se añadieron otras que también tuvieron famosas facultades de teología, como la de Cambridge y la de Salamanca.

Pero nos equivocamos al pensar que el propósito de tales universidades y de sus escuelas era preparar candidatos a la ordenación, o futuros sacerdotes o pastores.

En primer lugar, buena parte de los estudiantes en esas universidades eran en teoría pastores de parroquias a las que nunca asistían, pero con cuyos ingresos costeaban sus estudios. Esto era cierto tanto de quienes ya eran ordenados como de quienes no lo eran. El mismo Juan Calvino, quien nunca fue ordenado, costeó sus primeros estudios con los ingresos que recibía como supuesto capellán de Notre Dame de la Gélasie, y más adelante de otro beneficio semejante—beneficios a los que renunció tras su conversión al protestantismo.

Y, en segundo lugar, los estudios universitarios de teología no se entendían como preparación para el pastorado, sino que tenían más bien dos funciones: una era la disciplina de amar a Dios con toda la mente dedicándose a la investigación de los más recónditos y supuestos misterios de la fe; y la otra era prepararse para altos cargos civiles o eclesiásticos. Y las universidades mismas—particularmente de la

de París y la de Oxford—vinieron a ser árbitros a los que apelaba en medio de las disputas teológicas o doctrinales.

Al principio los más distinguidos profesores universitarios eran también líderes en la iglesia y en su pensamiento. En el siglo trece, Santo Tomás le hizo posible a la iglesia responder al reto de la nueva filosofía aristotélica que parecía amenazar todo el edificio de la teología. Y San Buenaventura, contemporáneo de Tomás, fue Ministro General de la Orden de los Hermanos Menores—es decir, de los franciscanos. Pero con el correr del tiempo aquellas antiguas universidades se fueron dedicando a estudios cada vez más abstractos y a distinciones cada vez más sutiles y menos pertinentes a la vida de fe. Es notable que, mientras a los grandes maestros del siglo trece se daban títulos honoríficos tales como Doctor Angélico (Santo Tomás) y Doctor Seráfico (Buenaventura), ya hacia principios del próximo siglo el más distinguido profesor de teología, Juan Duns Escoto, era conocido como el Doctor Sutil.

Esas universidades y la educación que en ellas se impartía tenían poco impacto en la vida de la iglesia o en la fe de los feligreses. Al tiempo que en las universidades se discutían temas supuestamente cada vez más elevados, la ignorancia de buena parte del clero era profunda. Por la misma época en que el Doctor Sutil, Juan Duns Escoto, empezaba a enseñar en la Universidad de Oxford, el principal maestro en la catedral de Valencia, quien estaba a cargo de enseñar a otros clérigos, así como al pueblo en general, era analfabeto.

A través de toda la Edad Media, y desde antes de que hubiera universidades, hubo quien se preocupó por la preparación del clero, principalmente en las escuelas catedralicias. Además, los monasterios,

donde se suponía que quienes vivían y estudiaban serían monjes y por tanto no pastores, le proveyeron a la iglesia medieval muchos de sus principales líderes y pastores.

En cuanto a las universidades mismas, también hubo quien se preocupó por el rumbo que habían tomado. Así, el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, confesor de la reina Isabel y luego regente de Castilla, fundó en el 1499 la Universidad de Alcalá de Henares, o Universidad Complutense, con el propósito de que fuera un centro para la reforma de la iglesia mediante la instrucción del clero.

Pero no fue sino con el advenimiento de la Reforma Protestante que las universidades mismas se reformaron, dedicándose no ya a especulaciones etéreas, sino más bien a la preparación de líderes para el movimiento reformador. Como es bien sabido, todo comenzó en la Universidad de Wittenberg, recién fundada quince años antes, cuando un profesor de Biblia, Martín Lutero por nombre, alzó una voz de protesta que pronto sacudiría la cristiandad. El resultado no fue solo la reforma de la iglesia, tanto católica como protestante, sino también la reforma de las universidades en territorios protestantes, pues se hizo necesario enseñar a los pastores y maestros a predicar y enseñar una doctrina muy diferente de la que habían aprendido.

Pero la figura cimera en ese proceso no fue Lutero, sino su joven colega Felipe Melanchthon.

Melanchthon llegó a Wittenberg en el año 1518, es decir, el año siguiente a las 95 tesis de Lutero. Su primera conferencia, que le valió el que se le nombrara profesor por encima de otros candidatos más famosos, trataba precisamente sobre la necesidad de una reforma educativa. Su título era *De la corrección de los estudios de la juventud*. El éxito y la fama de Melanchthon fueron tales que cuando él

llegó a la universidad esta tenía un total de ciento veinte estudiantes, y a los dos años las conferencias de Melanchthon atraían audiencias de seiscientas personas. Sus libros sirvieron de texto por siglos. Su interés en la preparación de pastores que pudieran predicar el evangelio de la gracia según lo entendían los protestantes le llevó a preparar unas *Instrucciones para visitantes de los pastores parroquiales*. Y además se volvió campeón de la reforma metodológica y curricular, no solo de la Universidad de Wittenberg, sino también de muchas otras. Por todo esto, se le dio el título de *Praeceptor Germaniae*—Maestro de Alemania.

Esa reforma curricular de tanto éxito se basaba en la necesidad de educar a los predicadores de modo que pudieran predicar y enseñar el evangelio de la sola Escritura, solo Cristo, y sola gracia, aun cuando eso no hubiera sido lo que aprendieron de niños.

Por razones semejantes, primero en Estrasburgo y luego en Ginebra, se establecieron academias para la instrucción de predicadores. La de Ginebra tuvo enorme éxito, pues allí estudiaron exiliados de varios países quienes al regresar a sus tierras llevaron consigo las enseñanzas de Calvino.

En resumen, los seminarios modernos son el resultado de dos corrientes originalmente antagónicas, pero que luego convergieron. Por una parte, la idea misma de un “seminario” o “semillero” es de origen católico, y parte de su propósito era evitar la contaminación con ideas foráneas. Por otra parte, el protestantismo reformó las universidades, y sobre todo sus programas de estudios teológicos, con el propósito de producir pastores y líderes que estuvieran imbuidos precisamente de esas ideas que los seminarios católicos procuraban evitar. Por eso la mayoría de los seminarios modernos son por una

parte instituciones de estudios teológicos avanzados y, por otra, centros de formación del individuo.

Por lo primero se parecen a las universidades; y por lo segundo, a los monasterios.

Pero queda todavía la pregunta: si los seminarios son invención relativamente moderna, y si durante casi toda la Edad Media la preparación de pastores y predicadores era tan defectuosa, ¿cómo era la educación teológica en tiempos antiguos, antes de la Edad Media? Y, sobre todo, lo más importante. ¿Qué podemos aprender de la educación teológica en la iglesia antigua?

Para responder a esa pregunta es necesario tener bien presentes los siguientes puntos:

1. Estamos hablando de más de mil años antes de la invención de la imprenta. Hoy es posible y hasta fácil que cada cual tenga en su casa al menos una Biblia. Y hay quien tiene diez o doce versiones. En tiempos de la iglesia antigua, había que copiar los libros a mano, letra por letra. Por tanto, lo normal era que cada iglesia tuviera su Biblia. Y hasta había algunas que ni siquiera tenían una Biblia completa. Y, aunque hubiera Biblias, el índice de alfabetización era tal que muy pocas personas podrían leerla. Luego, si se iba a estudiar y enseñar la Biblia había que hacerlo en las reuniones de la iglesia.

2. La inmensa mayoría de las personas que se acercaban a la iglesia o que ya pertenecían a ella no disponían de mucho tiempo para asistir a la iglesia. Muchas de ellas estaban sujetas a esclavitud u otro tipo de servidumbre. No había otro día de descanso que las fiestas religiosas y cívicas dictaminadas por el gobierno. Luego, el tiempo en que se podía asistir a la iglesia era hartamente escaso.

3. Una vez que el cristianismo se desbordó del judaísmo y el número de gentiles que se acercaban a él aumentó, fue necesario insistir en la necesidad de una serie de cambios radicales no

solo en las creencias, sino también en el comportamiento, pues muchas prácticas que los gentiles consideraban perfectamente normales eran condenadas como pecaminosas tanto por judíos como por cristianos.

Contando entonces solo con unas pocas horas a la semana para la instrucción de los fieles, la iglesia pronto desarrolló el mejor modo de usar de ese escaso tiempo para la formación de los fieles. Así, en el siglo segundo, en esa iglesia ahora en buena medida de origen gentil, el culto se dividía en dos partes: el Servicio de la Palabra y el Servicio de la Mesa. Este último era la comunión, que siempre fue el centro del culto cristiano, pero que para nuestros propósitos en este momento no es lo que nos interesa.

El culto normalmente tenía lugar el domingo, el día de la Resurrección del Señor. Y se celebraba bien temprano de madrugada, cuando les resultaba más factible a los creyentes asistir. Allí, el Servicio de la Palabra bien podía durar varias horas, pues era en él que se leían y explicaban las Escrituras y se explicaba en qué consistía la vida cristiana. A esta parte del culto podían asistir todos cuantos quisieran, aunque, dada la condición de presiones sociales y hasta de persecución que frecuentemente existían, quien asistía estaba al menos profundamente interesado en la fe cristiana, si no ya convertido.

Si alguna de esas personas deseaba que se le considerase como posible miembro de la iglesia, y daba muestras de su convicción, se le daba el rango de *audiente*, o de oyente —algo así como lo que hoy llamaríamos “simpatizante”. Si, tras asistir a la iglesia regularmente y dar señales firmes de su resolución, un *audiente* deseaba ser bautizado, se le incluía en el rango de los *catecúmenos*, y normalmente se le nombraba un mentor o acompañante adiestrado para esa tarea, quien acompañaba

al catecúmeno en sus luchas, dudas y decisiones, de ser posible, le visitaba en el trabajo y el hogar, y le reunía con otros catecúmenos también en proceso de preparación para el bautismo. Durante ese período, el candidato tenía que practicar la vida cristiana, dándose cuenta de las dificultades que su nueva fe le acarrearía, y dando muestras de estar dispuesto a pagar ese precio. Tras dos años como catecúmeno, aprendiendo de la vida y la fe cristianas en el Servicio de la Palabra, en las reuniones con otros catecúmenos y con su mentor, el catecúmeno podía pedir el bautismo y, si se le consideraba listo para ello, se le llamaba *competente*. Entonces, unas semanas antes del Domingo de Resurrección, comenzaba un período de preparación especial, con oración y ayuda, que culminaba por fin en el bautismo temprano en la madrugada del Domingo de Resurrección.

Digo todo esto para subrayar un punto bien importante que frecuentemente se nos olvida: la educación teológica no empieza en el seminario ni en el instituto bíblico ni en la escuela de teología, sino en la iglesia, y aun antes del bautismo.

¿Qué entonces de aquellas personas llamadas a un ministerio particular como líderes de su congregación, para dirigir la enseñanza en el Servicio de la Palabra y para después presidir en el Servicio de la Mesa? En otras palabras, ¿qué de la preparación de quienes hoy llamamos pastores y pastoras, y entonces se llamaban obispos? Lo normal era que, cuando una congregación tenía necesidad de tal persona, eligiera a su pastor de entre sus propios miembros. Puesto que parte de su función sería leer y exponer las Escrituras, normalmente era necesario al menos saber leer. Ciertamente era necesario haber dado muestras de fe y sabiduría, y de ser capaz de enseñar a la congregación. Una vez elegido por la congregación, el candidato a obispo les mandaba a sus colegas vecinos una extensa exposición

de su fe. Si esos colegas quedaban convencidos de su ortodoxia e idoneidad para el obispado, algunos de ellos asistían a su ordenación, como señal de la aprobación del resto de la iglesia y de la colegialidad de los obispos.

Al menos en el siglo tercero, en tiempos de Cipriano, sabemos que había alrededor del obispo un cuadro de otros líderes que iban tomando responsabilidades crecientes, y que al quedar vacante la posición lo más común era que el nuevo obispo se eligiera de entre esos líderes.

Luego, en lugar de escuelas de teología lo que había era un sistema de acompañamiento y de mentoría.

Y, una vez aceptadas sus nuevas responsabilidades, el obispo debía seguir estudiando y preparándose para exponer las Escrituras cada domingo y para guiar a los fieles en su vida de fe.

Todo esto que acabo de decir, y que bien podría dilatarse a varias horas de explicación más detallada, debe bastar para recalcar algunas características de la educación teológica en la iglesia antigua:

1. La educación teológica era un proceso continuo que comenzaba antes del bautismo y continuaba a través de toda la vida, se fuera pastor o no.
2. La piedra angular de ese proceso era el culto, el Servicio de la Palabra. Poquísimos gozaban de las condiciones que les permitieran el privilegio de tener sus propias Biblias u otros materiales de estudio. Su educación teológica tenía lugar en el Servicio de la Palabra, y luego en conversaciones con otros creyentes y mentores.

3. En todo ese proceso, la mentoría era un elemento esencial. El obispo servía de mentor al preparar a otros mentores que se ocuparían de los catecúmenos. Cuando un obispo electo les enviaba su confesión de fe a otros obispos vecinos, éstos le servían de mentores, ayudándole a crecer según las necesidades de sus nuevas funciones. Y cuando un obispo tenía ayudantes que pronto recibieron títulos tales como lectores, diáconos y presbíteros, su función con ellos era también la de mentor. Aún más, a un nivel mucho más abarcador, parte de la función de la iglesia era servirse de mentores unos a otros en la difícil aventura de la fe.

No tenemos aquí el tiempo para contar cómo se pasó de eso a las tristes condiciones que existían antes de la Reforma. Pero sí hay un punto que es necesario recalcar: la decadencia empezó en el siglo cuarto, que fue el siglo que nos dio también a los más grandes maestros de la iglesia: Ambrosio, Agustín, Jerónimo, Basilio el Grande. Y fue también en ese siglo que el catecumenado empezó a declinar, pues a principios de siglo duraba dos años, y al fin del siglo se había reducido a ochenta días. Esto nos lleva a lo que bien puede ser lo más importante de todo lo que voy a decir: que lo que determina la fe, las doctrinas y la vida de la iglesia no son los grandes teólogos, sino la fe y el culto del pueblo; y que por tanto, si queremos evitar que la iglesia caiga en el error y la corrupción lo más importante no es la educación de los líderes, sino el modo en que esos líderes educan al pueblo. La teología no es lo que los maestros enseñan, sino lo que el pueblo cree, afirma y aprende en el culto.

Dada la brevedad del tiempo, no podemos repasar aquí cómo fue que pasamos de los tiempos de la Reforma a las condiciones que existen hoy. Lo que sí podemos constatar son los siguientes puntos:

1. El antiguo catecumenado casi ha desaparecido, y en muchas iglesias se limita a unas pocas “clases para candidatos”.

2. El culto ha perdido buena parte de su antigua función docente. ¿Cuántos de nuestros miembros, al venir al culto, esperan aprender algo?

3. En muchas iglesias, la mentoría prácticamente ha desaparecido. Si existe, rara vez se le ve como elemento esencial en la vida de la iglesia, o se le organiza de modo que todos formen parte de ella.

4. La educación teológica no se ve ya como un proceso continuo, sino que parece haber un salto de lo que se aprende en la iglesia a lo que se aprende en los seminarios. En pocas ocasiones lo que se aprende en la iglesia sirve de base directa para lo que se aprende en el seminario.

5. Como resultado de todo eso, la educación teológica no parece ya ser función de la iglesia toda, sino de ciertas instituciones particulares que la iglesia ha creado para que se ocupe de esa educación.

6. Debido a la historia que he acabado de contar, la mayoría de esas instituciones son un producto híbrido, en parte reflejo de las universidades y otras instituciones de educación avanzada, y en parte reflejo de los monasterios medievales.

Pero lo cierto es que esa clase de educación teológica está en crisis. Es una crisis que tiene varias facetas.

1. La más obvia es la faceta económica. Al menos el 10% de las escuelas que son miembros de la ATS (Association of Theological Schools) está pasando por serias dificultades económicas. Y esto es cierto no solo de seminarios pequeños, sino también de algunos de los más prestigiosos del país.

2. A esto se añade la faceta demográfica. Excepto en el caso de los coreanos, y en algunas escuelas los afroamericanos, todas las demás minorías tienen escasa representación en esos seminarios. En el caso de los latinos, en números redondos, al tiempo que somos el 16% de la población del país (sin contar a Puerto Rico), somos el 4% del estudiantado y del profesorado de la ATS (contando a Puerto Rico).

3. En tercer lugar está la faceta denominacional. Las iglesias que tradicionalmente han requerido que sus pastores tengan estudios de seminario no son las que están creciendo, sino todo lo contrario. Los presbiterianos, metodistas, episcopales y luteranos necesitan cada vez menos pastores—sobre todo pastores de cultura euroamericana.

4. Y por último, hay que decir que la ATS misma, la institución acreditadora de seminarios, se ve también involucrada en la crisis, pues rápidamente va perdiendo el monopolio que antes pareció tener en la educación teológica. Hoy, particularmente entre el pueblo latino, pero también en el resto de la población, cada día aumenta el porcentaje de pastores que no son graduados de seminarios.

Afortunadamente, la ATS se da cuenta de esa situación, y eso es una de las razones por las que ha acogido la propuesta de AETH para la certificación de institutos bíblicos.

Es por todo eso, y no solamente por un sentido de misión, que los seminarios se están viendo obligados, y cada día se verán más obligados, a una serie de cambios que prometen una renovación de la verdadera educación teológica. A manera de bosquejo, y como incentivo para nuestras discusiones, pueden mencionarse varios de esos cambios:

1. El cambio más inmediato tiene que ver con el reclutamiento de estudiantes. Los seminarios de las iglesias más tradicionales se ven obligados a hacer más esfuerzos por reclutar estudiantes latinos y latinas, y estudiantes de otras denominaciones.

2. Tales esfuerzos están destinados al fracaso si no hay también un cambio curricular. Los seminarios que han construido sus currículos sobre la premisa de que sus estudiantes serán de tiempo completo, y tendrán poca o ninguna experiencia en el ministerio pastoral, tienen ahora que reclutar estudiantes que ya están en ese ministerio; estudiantes cuyas denominaciones no les exigen estudios de seminario antes de ser ordenados. Un número creciente serán estudiantes que no procuran una Maestría en Divinidades, sino un programa más breve en la cual puedan centrar sus estudios en temas en los cuales se sienten deficientes—Biblia, teología, historia, etc.—sin tener que tomar otros cursos que les parecen innecesarios. Y pocos de entre ellos serán estudiantes a tiempo completo.

3. Por eso, los seminarios están ya empezando a ampliar la gama de sus servicios. Hasta hace unas décadas, los seminarios se ocupaban casi exclusivamente de sus estudiantes y de la educación continuada después de graduarse. Algunos tenían programas para laicos —en su mayoría para profesionales en otros campos. Hoy los seminarios están empezando a ver que son parte de ese proceso continuo a que me refería anteriormente y no miran ya solamente, por así decir, “hacia arriba”, sino también “hacia abajo”—hacia quienes estudian en institutos bíblicos y quizá algún día deseen

estudiar en el seminario, y hacia un laicado que frecuentemente busca una enseñanza que sus pastores no les dan.

4. Esto quiere decir que estamos en una situación de convergencia en la que los seminarios tradicionales buscan el modo de acercarse a iglesias que hasta ahora le han prestado poca atención a la educación, y muchos en esas iglesias, al tiempo que buscan mejor educación para sus líderes, tienen la oportunidad y la responsabilidad de promover un cambio curricular en esos seminarios.

5. Ese cambio curricular tendrá que ir aparejado de un cambio pedagógico. El modelo tradicional, según el cual primero se aprende Biblia y teología, después se aprende a predicar, y por último se predica ya no funciona. Un número creciente de estudiantes está ya en la práctica del ministerio, predicando varias veces por semana. Muchos tienen décadas de experiencia. Esto requiere y provee la oportunidad para una pedagogía en la que haya un diálogo constante en el que la práctica le dé forma a la teoría y la teoría le dé forma a la práctica.

6. Esto a su vez requiere un cambio en el cuerpo docente y su preparación. El modelo universitario, en el que cada profesor o profesora es experto en un campo y no se ocupa de los demás, funcionará cada vez menos. Si en una clase de teología una estudiante se pregunta qué tiene que ver la doctrina de la Trinidad con la injusticia que sufren los miembros de su iglesia, el profesor no podrá decirle: “Vaya y pregúntele a quien enseña sociología o a quien enseña ética social.”

7. Por último, la nueva pedagogía basada en un círculo de acción-reflexión-acción no se ha de limitar a los métodos de enseñanza, sino también a los métodos de evaluación. Lo tradicional es evaluar al estudiante sobre la base de lo que ha aprendido o ha pensado. La marca de un buen estudiante es que ha aprendido mucho y ha dado muestras de pensamiento original. Pero, si es cierto que la educación teológica es un proceso continuo que abarca a toda la iglesia como un solo cuerpo,

eso quiere decir que lo más importante no es lo que el estudiante aprenda, sino lo que enseñe. Dentro de este proceso continuo que incluye a todo el cuerpo de Cristo, el mejor estudiante no es quien sabe exponer la doctrina trinitaria de San Agustín o de Calvino, sino quien—conociendo esas doctrinas—sabe hacerle ver al pueblo la importancia que la Trinidad tiene para su propia vida; la mejor estudiante no es la que sabe todo lo que los eruditos han dicho acerca de la Epístola a los Hebreos, sino la que, sabiendo eso que los eruditos han dicho, sabe también cómo usarlo para que el pueblo entienda mejor lo que Hebreos significa para su vida de fe.

En conclusión, la crisis es seria. Es seria porque no se trata de algún problema que podamos resolver con un remiendo por acá y otro por allá. El vino nuevo está fermentando, y los odres viejos no podrán contenerlo. Es necesario crear nuevos odres, nuevos patrones y métodos de educación teológica. Esa tarea no puede quedar exclusivamente en manos de las instituciones sobre cuyos hombros la iglesia ha echado la responsabilidad por la educación teológica. Es tarea de toda la iglesia, y por tanto de cada uno de nosotros y nosotras aquí presentes. Lo que nos corresponde entonces es desarrollar ese proceso continuo que ha de ser la educación teológica, tratando de discernir cuál ha de ser el lugar de cada individuo y de cada institución dentro de ese proceso.

Pero, a pesar de su seriedad y de su urgencia, la crisis no es para asustarse. Si nos preocupamos porque los odres viejos ya no pueden contener el vino, recordemos que el fermento del nuevo vino es obra del mismo Espíritu quien nos dio aquellos odres que hoy son viejos, pero que hasta aquí nos han servido, y que ese Espíritu está a la mano para ofrecernos, no solo el vino nuevo, sino también los nuevos odres. ¡Escuchemos su voz!